

## La dimensión del hombre

Hubo, sin duda, un tiempo —el de la sabiduría— en el cual la medida de todas las cosas era el hombre, como dijo un sofista, esto es, en cierto modo, un periodista de la antigüedad. La frase de Protágoras no puede ser más periodística, ha admitido numerosas interpretaciones, pero cayó tan bien porque expresaba una apreciación que el hombre sentía. El ser humano se hallaba en el centro de la creación, todas las relaciones le aludían, iban a parar a sus sentidos, todo lo que existía le justificaba; cierto que él se presentaba como un modesto representante de los creadores o del creador, mas, sus frases de humildad cósmica, incluso la mayor y más certera: el hombre es polvo y vuelve a ser polvo, no fueron sino coartadas. El secreto de la creación fue el primer secreto profesional que inventó el hombre. La primera sabiduría humana fue, como aún no se sabía nada y todo era misterioso, ver el mundo como si estuviera en el secreto. Pero el mundo se escapaba de semejante visión y el hombre sólo empezó a aprehenderlo cuando echó a andar detrás de él: por los ríos, los valles, los mares, por los caminos naturales que dejaba a sus espaldas en la tierra y por los más vistosos, los del cielo. Empezó entonces a tomar efectivamente nota de lo que veía, oía, y recogía por los otros sentidos; no podía hacerse sino en la medida de sus propios medios una idea de lo que perseguía, se hacía inevitablemente un mundo a su medida.

Y tanto más podía decirse que el hombre era la medida de todas las cosas cuanto más se comprobaba que todo lo que se sabía, todo el saber, cabía en un hombre. El sabio no era una abstracción, tenía una realidad de carne y hueso. Sin embargo, cinco siglos antes de nuestra era, uno de esos sabios, el iconoclasta Heráclito, para quien Homero hubiera merecido ser expulsado de los juegos olímpicos,

picos y recibir una paliza; Heráclito, el precursor de Hegel, de Marx, de Nietzsche, que pensaba: “Los contrarios se complementan, la discordancia crea la armonía más bella, el devenir es por completo una lucha”, vio que “los filósofos de la naturaleza (los científicos de hoy) han de explorar un dominio muy vasto”. Este dominio lo ve ya mentalmente, se da cuenta de su amplitud, el hombre del Renacimiento, el cual se convence de que él no está en el centro de la creación, sino en un rincón del sistema planetario y de que sus medios, sus sentidos para aprehender las cosas son muy cortitos. No se amilana, acepta o lanza el reto (el Renacimiento es quien revela a don Juan, la figura del desafío), se dedica a la operación doble, contradictoria y complementaria de acercarse a las cosas, con los viajes, los descubrimientos, y acercarse las cosas a sí aumentando el alcance de sus menguados sentidos con aparatos de magnopedia. El hombre tenía que fabricarse sentidos artificiales, de más allá, para estar a la altura y la profundidad del mundo, como antes había sustituido sus piernas por otros medios de locomoción. Galileo construye en Venecia el primer anteojito astronómico el año 1609; Colón llegó a América en 1492. En su busca del mundo, las piernas, las velas haciendo de piernas del hombre llevaban todavía la ventaja de un siglo a los ojos.

En nuestros días, cuando esa doble operación llega a ser alucinante, mientras el hombre lanza un cohete vertiginoso y no pierde su contacto, o sin percibirlos por ningún sentido corporal está manejando y creando los elementos y las fuerzas más terribles, sabiendo que él como especie podría dejar de existir y por eso no dejaría de existir el Sol ni la Tierra ni, si él no los destruía en alguna catástrofe, los animales, las flores, los cristales, resulta cómica la situación del hombre que no conocía más que un velo del cielo y un pedazo de la tierra y se creía la medida de todas las cosas. Pero, si no es el hombre, ¿quién es esa medida? No hay medida de todas las cosas. Hay todas las cosas desmesuradas, todos los infinitos que le miden y le pesan al hombre.

*(Expreso, 19 de diciembre de 1961)*